



ANTENOR ORREGO

Hugo García Salvatecci

Pontificia Universidad Católica del Perú

En primer lugar deseo agradecer la invitación que me ha hecho la Universidad Privada Antenor Orrego para participar en este homenaje que se brinda al gran filósofo norteño con ocasión del ciento veinte aniversario de su nacimiento. Tengo el deber de señalar públicamente mi remordimiento por no haber cumplido con la promesa que le hiciera a nuestro siempre recordado Haya de la Torre, quien, cuando le llevara mi libro, en ese entonces recién publicado, “Sorel y Mariátegui” y le comunicase que estaba preparando una obra sobre su pensamiento que llevaría el título de “Haya de la Torre o el marxismo indoamericano”, me pidió que escribiese una obra sobre el pensamiento de Antenor Orrego. Se lo prometí, y realmente me remuerde la conciencia el no haber cumplido con esa promesa todavía.

El padre jesuita Francisco Interdonato, en el año 1968, publicó su obra “El ateísmo en el Perú” en el que califica a Antenor Orrego como el filósofo más puro crecido en nuestra tierra peruana. Cuarenta años antes, en 1928, Martín Adán había dicho de él “es el hombre con más preparación del siglo XX que conozco”.

Antenor Orrego nació en Cajamarca el 22 de mayo de 1892, pero fue en esta ciudad de Trujillo donde forjó su cultura y nutrió su inquietud social. Estudió filosofía, letras, jurisprudencia y ciencia

política en la Universidad de Trujillo. Aunque culminó estudios filosóficos en la Universidad de San Marcos de Lima, no se graduó. Antenor Orrego fue el auténtico inspirador y orientador del grupo Norte del que formaron parte César Vallejo, Alcides Spelucín, José Eulogio Garrido, Macedonio de la Torre y Víctor Raúl Haya de la Torre.

Dirigió revistas y diarios en Trujillo como la Reforma, La Libertad y el Norte. También fue director de la Tribuna. Fue Senador por la Libertad en 1945 y luego Rector de la Universidad Nacional de Trujillo. Nunca viajó al extranjero a realizar estudios; toda su formación la recibió en el Perú. Sólo viajó a la Argentina, en 1959, para participar en un simposio sobre Vallejo en la Universidad de Córdoba.

Podría decirse que la dimensión internacional de la obra de Vallejo se debió a esa especie de “ángel guardián” que siempre estuvo a su lado: Antenor Orrego. Las grandes cualidades humanas de Orrego se muestran en toda su dimensión al analizar todo lo que hizo y a todo lo que renunció por César Vallejo. Antenor falleció repentinamente el 17 de julio de 1960 y es el gran olvidado del pensamiento peruano a pesar de ser uno de sus más ilustres y profundos representantes. Sus obras iniciales fueron “Notas marginales” de 1922 y “Monólogo eterno” de 1929. Pero su pensamiento se definió fundamentalmente

en “Pueblo Continente”, publicado en 1939 y se confirmó en sus libros póstumos “Discriminaciones”, publicado en 1965 y “Hacia un humanismo americano” publicado en 1966. Es pertinente también recordar que Orrego fue uno de los principales colaboradores de la Revista “Amauta” de Mariátegui, cuando ésta era la auténtica tribuna del movimiento aprista.

Cronológicamente, Antenor es uno de los integrantes mayores de la denominada generación del centenario, por lo que fue auténtico guía para dicha generación. Por razones de edad es también el que estuvo más vinculado con el anarcosindicalismo y con el movimiento libertario de Manuel González Prada. A lo largo de todo su pensamiento se descubre la influencia permanente de Proudhon y de Kropotkin, que fueron los pensadores que ejercieron mayor influencia en el anarcosindicalismo peruano, a la vez que muestra la presencia siempre viva de quien hizo ingresar ideológicamente al Perú en el pensamiento contemporáneo, el maestro González Prada. Con la caída del muro de Berlín y la desaparición de los regímenes marxistas-leninistas en Europa, el pensamiento de Proudhon ha tomado una mayor vigencia, puesto que, muchas décadas antes que se implantara el marxismo-leninismo, había señalado cómo terminaría esta experiencia histórica: en el capitalismo de Estado, en la mayor dictadura que se haya implantado en el mundo, y con la alineación y la miseria llevada a grados extremos, a pesar de que se había propuesto desterrarlos definitivamente de la humanidad.

Sin embargo, al llegar a su mayoría de edad intelectual, Antenor Orrego se encuentra ante hechos que cambiaron la historia del mundo; la aparición del imperialismo en reemplazo del colonialismo y el triunfo avasallador, en todo orden de cosas, de la revolución rusa. Definitivamente concluía irremediablemente una época y, en apariencia, se iniciaba dramáticamente otra, signada también por todo un sistema de contradicciones. Uno de sus más importantes resultados históricos, en el campo de la ideología política, fue la desaparición del movimiento anarcosindicalista, pues éste se ubicaba en una realidad que ya había sido dejada atrás por la historia, y

donde el mismo marxismo había quedado superado, por lo que se encarnó, en esta nueva fase histórica, en el marxismo-leninismo, que es algo formalmente distinto a lo que fuera la teoría política del Marx histórico, a pesar que trató de inspirarse, en la medida de lo posible, en el pensamiento revolucionario de Marx.

También acá en el Perú, el anarcosindicalismo ingresó en una etapa de descomposición, donde los viejos y venerables libertarios se enfrentaron radicalmente a los jóvenes seguidores de González Prada: Haya de la Torre y Mariátegui. Se trataba de una época en la que el movimiento anarcosindicalista ya no tenía respuestas frente a la nueva problemática, dentro de lo que habían sido los cánones ortodoxos de su ideario. Vale decir, toda la doctrina política del anarcosindicalismo, en el que se incluía el mismo pensamiento de González Prada, tenía que ser superada, si es que se deseaba realmente transformar la nueva realidad histórica que aparecía. La nueva generación revolucionaria, dirigida intelectualmente por Orrego, lo comprendió perfectamente; precisando, sin embargo, que la superación dialéctica presupone el mantener el espíritu de lo que se supera, pero transportándolo a una realidad nueva y distinta.

Tal vez fue ésta la primera lección que nos diera la generación de Orrego: tuvieron el coraje y la inteligencia de superar a sus viejos maestros anarcosindicalistas, de superar el mismo pensamiento del maestro González Prada, pero salvando previamente su espíritu, y con ese espíritu los propósitos de la generación más pura que se haya dado en el Perú. Se propusieron analizar científicamente la nueva realidad histórica, superar sus contradicciones y presentar un nuevo credo de redención social y humana. Esta primera lección de Antenor Orrego es muy importante en nuestros días, porque igual a lo que le sucediera a su generación, estamos frente a una realidad histórica donde ha concluido definitivamente una época dejando su lugar a otra época histórica, donde el imperialismo naciente con el que la generación de Orrego se enfrentó, ya pasó de ser un imperialismo agonizante, para estar muerto y sepultado, dentro de la nueva etapa histórica de la globa-

lización que trae consigo nuevas contradicciones y mayores explotaciones que las que trajese, incluso, el imperialismo. La primera lección que Antenor Orrego le da a la juventud, con gritos que surgen desde el mismo silencio de su sepulcro, es la obligación que tenemos de superar a Orrego y a su generación, pero dialécticamente, esto es, rescatando previamente su espíritu, manteniendo vivos sus grandes propósitos para enfrentar y superar todas las injusticias que la nueva realidad trae consigo.

Lo dicho no significa que muchas de las propuestas de Antenor Orrego no tengan vigencia, solo nos propusimos señalar que esas ideas tendrían que ser proyectadas a una nueva realidad histórica, lo mismo que sucedió y sigue sucediendo con el pensamiento de González Prada. En este contexto, nos limitaremos a analizar tres ideas-fuerzas de Orrego que hoy tienen más vigencia que nunca y que deben proyectarse a la nueva realidad histórica, signada por el fenómeno de la globalización: el tema del humanismo, la necesidad de la integración de nuestro “pueblo continente” y el nuevo significado que ha adquirido el término “nacionalismo”.

La primera gran obra publicada por Antenor Orrego fue “Notas marginales”, escritas de modo aforístico, siguiendo el nuevo modelo de expresar la filosofía impuesto por Nietzsche. Es una obra en la que trata de muchos temas: estética, música, historia, política, revolución, naturaleza, conocimiento, ética literaria, lógica, cultura, individualidad etc. A diferencia de la mayoría de sus contemporáneos que siguieron la moda del ateísmo, Antenor Orrego hizo pública su profesión, su teísmo. Incluso su obra la inicia con una oración: “En ese trance, ¡oh Dios mío!, pídotte con todas mis entrañas de hombre que no estreches mi conocimiento hasta el punto de desconocer la grandeza, la bondad y la revelación que pasan junto a mí. Porque, ante todo, ¡oh Dios mío!, busco enriquecerme cada vez más, enriquecer mi conocimiento y mi amor. Así sea”.

Este teísmo, profundo y sincero, sin embargo no impidió a Orrego enfrentarse al “clericalismo” de la época, al que González Prada había definido como el “civilismo con sotana”. De modo especial, increpa al catolicismo preconiliar por su actitud dogmá-

tica e intransigente. Orrego estuvo siempre convencido de la verdad esencial del Cristianismo, el que expresara el apóstol San Juan cuando señaló: no podemos amar a Dios a quien no vemos a no ser amando a Dios en el prójimo al que si vemos.

En 1929, Antenor Orrego publicó “El monólogo eterno”, también escrito de modo aforístico. También en esta obra se trata de mucho temas, insistiendo, dentro de la más genuina tradición del pensamiento griego, sobre el sentido del límite, que, a diferencia de lo que posteriormente señalara Spinoza, no tiene para el mundo griego un sentido negativo sino positivo, como lo resaltara el filósofo alemán Heidegger. Por otro lado, hay una plena sintonía entre el sentido griego del límite y el auténtico sentido de la virtud cristiana de la humildad. Orrego expresamente nos dice: “Ama a tu propio límite, porque sino tu límite te devora. Sé tan humilde hasta estar orgulloso de tu pequeñez. No hay una sola manera de vivir y de expresar las cosas: ama tus limitaciones. No hay sino una manera de no vivir y de no llegar nunca a la expresión: eludir la limitación”.

En 1937, quedó concluida, tal vez la obra más importante de Antenor Orrego, “Pueblo continente”, conformado por ensayos para una interpretación de la América Latina, páginas que, como él mismo señalara, “se gestaron y nacieron en un ambiente desgarrado de odio acerbo y amor efusivo y redentor”. Nuestro mártir Manuel Arévalo fue quien mecanografió la obra “Pueblo continente”; está dividida en cuatro grandes secciones: El biometabolismo psíquico del continente, Buceando en el abismo, En el camino de las primeras realizaciones y El tetragrama racial de América.

La tesis central de Antenor Orrego es que con América nace un nuevo pueblo a la vida de la cultura y a la vida de la historia, pero también ello es producto de choques y conflictos. La línea directriz de su obra nos traza la ruta de la integración, a través de los desgarramientos históricos y de una síntesis creadora de razas y culturas. En esta obra, Orrego también habla del auténtico nacionalismo, y define a la América como tercera dimensión de la cultura de Occidente, y donde considera que el Aprismo es

el imperativo histórico de nuestra América. Orrego concluye que somos un solo pueblo todos los países que conformamos el continente hispanoamericano.

Toda la obra “Pueblo continente” se inspira en las concepciones políticas y económicas que generan una nacionalidad y se inspiran en Proudhon. A su vez, Proudhon se inspiró en la obra la “Constitución cosmopolítica” de Kant. Todavía no se ha dado la importancia debida a la influencia Kantiana en el pensamiento anarquista, y fundamentalmente en Proudhon. El modelo político en el que se inspira el anarquismo lo toma de esta obra Kantiana, y en la realización histórica que se diera en la organización política de Suiza. Para Kant el mundo se dirige cada vez más a su plena internacionalización, lo que hoy día se denomina globalización. Pues bien, este proceso de internacionalización, tarde o temprano, llevará a una constitución común o cosmopolita y a un gobierno confederado a nivel mundial. Todo el modelo político anarquista se centra en el tema de las federaciones y confederaciones. La confederación universal estaría conformada, a su vez, por las confederaciones de los pueblos continentes: Europa y su epígono que es América del Norte, la América hispánica, África y Asia con Oceanía.

Dentro de ese contexto, aunque parezca paradójico, se trata de otorgarle a cada individuo una permanente participación en las decisiones políticas. Tratando de hablar con una terminología más acorde con nuestra realidad nacional, tendríamos el siguiente esquema: los ciudadanos se agruparían participando permanente y activamente en las juntas vecinales, que sería la primera federación, el núcleo de las confederaciones: las federaciones de las juntas vecinales se vinculan y se tendría la primera confederación que es el gobierno municipal distrital. Los que, a su vez, se confederan en el municipio provincial, generando luego una confederación mayor que sería el gobierno regional, para luego pasar al gobierno regional, de ahí a las confederaciones de naciones que conforman una misma zona económica, las confederaciones continentales de las confederaciones de las zonas económicas, las que desembocan finalmente en la confederación cosmopolita.

De este modo, pensaban los anarquistas, apoyándose en el pensamiento Kantiano, se superarían definitivamente todas las escisiones. De modo especial se acabaría con ese pernicioso divorcio que se da entre la autoridad central nacional, las autoridades regionales, las autoridades provinciales, las autoridades municipales y los ciudadanos que conforman las juntas vecinales. Habría que recalcar, por último, que Proudhon, junto al parlamento político, coloca el parlamento económico, en cada una de las instancias de esta serie de confederaciones.

Pues bien, nuestra América mestiza había sido plenamente subestimada, tanto por Hegel como por Marx y muchos de los grandes pensadores históricos sociales de Europa. Uno de los pocos luchadores sociales europeos que asumió la defensa de nuestra América frente a los ataques de Marx, fue Bakunin. No se debe olvidar los insultos que recibiera Bolívar por parte de Marx. Pues bien, uno de los grandes aportes de Antenor Orrego, y que influyera notablemente en el APRA, fue la defensa de la singularidad de América, de nuestra cultura, de nuestro destino, precisando que esta defensa es fundamental para el futuro de la humanidad, puesto que como ya había sentenciado nuestro González Prada: nuestra América es el inmenso crisol donde se funden todas las culturas y la razas del mundo. Sobre el monroísmo del norte del Continente, está el cosmopolitismo de nuestra América mestiza. Podríamos decir que, desde un punto de vista filosófico, Antenor Orrego es la máxima expresión continental de la defensa de la singular esencia de nuestro “pueblo continente”. Pues bien, todo ello tiene una gran vigencia en la presente etapa de la globalización, donde se trata de dar una orientación justa al desarrollo vertiginoso que tiene la globalización en todos los aspectos humanos: sociales, económicos, políticos y culturales.

Habíamos señalado que otra de las ideas fuerza de Orrego se expresa en el nuevo sentido que debe tener el “nacionalismo”. Como señala Bertrand Russell, uno de los mayores defectos del marxismo fue el no haber reconocido el papel preponderante que juega el factor nacional en la historia, punto en el que Marx fue criticado en el siglo XIX por Baku-

nin y en el siglo XX por la encíclica “Centesimus annus” del Papa Juan Pablo II. Pero, como sucede con todos los términos abstractos, también a través del tiempo, el término “nacionalismo” ha tenido muchos significados, incluso opuestos. El denominado “principio de nacionalidad” en el siglo XIX tenía un claro contenido burgués y conservador, y hoy día es completamente incompatible con el fenómeno de la globalización, pues termina siendo, tal como lo calificó el gran estudioso italiano de la historia y de la cultura, Guillermo Ferrero, en frases que cita Antenor Orrego, un “nacionalismo parroquial” en sentido político, económico y militar. Pero, como añade Orrego, se trata de algo que nunca sucedió en nuestra América, donde nuestra primera conciencia nacional está vinculada con todo el continente. Es por ello que Antenor Orrego proclama: “los indoamericanos somos el primer pueblo continente de la historia, por lo que nuestro patriotismo y nacionalismo son continentales”.

El tema del nacionalismo reviste una especial importancia en esta etapa de globalización, pues se trata de su principal contrapeso, que no se propone destruir el proceso histórico irreversible de la globalización, sino orientarla por los cauces correctos, de acuerdo a la razón y a la justicia. En el mundo ya ha surgido el fenómeno de la “antiglobalización”, que es la respuesta de las clases desplazadas del denominado “primer mundo” por el proceso de globalización. La “antiglobalización” es un fenómeno propio de Europa y de los EEUU.

La respuesta de los países emergentes, tales como aquellos que conforman nuestra nacionalidad continental, frente a la globalización lanzan el “nacionalismo”. El nacionalismo auténtico es nuestra respuesta a la globalización. Pero se trata de un nacionalismo de nuevo cuño, que nada tiene que ver con el nacionalismo liberal, ni con unas aventuras latinoamericanas. Se trata del nacionalismo de un pueblo que desea reencontrar su unidad y su singularidad, para poderse confederar luego en un mundo globalizado.

También nuestro nacionalismo parte de la consideración de la ambivalencia de la globalización. La globalización tiene un aspecto positivo para nues-

tros rubros al abrirnos los mercados internacionales, lo que propicia el incremento de nuestras exportaciones que obliga al incremento de nuestra producción. Por ende, no nos podemos oponer a la globalización de modo absoluto. Sin embargo, también somos conscientes que la globalización tiende a ahondar el abismo que separa al rico del pobre; es una apología permanente del dinero que lleva a destruir las bases culturales y morales de los pueblos, que pretende encasillarnos como meros productores de materias primas y que, en la práctica, no le interesa el carácter de salvaguarda que tiene nuestro continente en el aspecto del equilibrio ecológico, con tal de explotar nuestra materias primas al menor costo posible, a pesar del daño irremediable que se podría hacer con ello al equilibrio ecológico del planeta. En resumen, nuestro nacionalismo no pretende luchar anacrónicamente contra la globalización, sólo se propone ser el necesario contrapeso dialéctico, para llegar a una síntesis que signifique el bienestar para todos, incluido las generaciones futuras.

La tercera idea-fuerza del pensamiento de Antenor Orrego, que ya enunciáramos, es el humanismo, que se expresa sobre todo en su obra “Hacia un humanismo americano”, escrito inédito e incompleto, que recién lo publicaría Juan Mejía Baca en 1966. Se trata de una obra en la que Orrego hace un auténtico derroche de sus conocimientos filosóficos, aunque no trate de un humanismo relacionado con todo tiempo y espacio, pues sólo se circunscribe al caso americano, por lo que esta obra guarda una estrechísima relación con “Pueblo continente”.

El tema del humanismo, en sentido moderno, tuvo origen en el siglo XIX. La denominada “izquierda hegeliana” o “jóvenes hegelianos” partía del postulado que se debía destruir previamente el concepto de Dios para afirmar al hombre. Dentro ya de la filosofía política y no meramente teológica, el pensamiento que más se destacó en este intento fue el de Feuerbach; sin embargo, de modo excesivamente anacrónico, terminó anclándose en la idea abstracta de la humanidad, tratando incluso de crear la religión de la Humanidad. El gran teórico del anarquismo, Max Stirner, en su obra “El único y

su propiedad”, demostró la inconsistencia del pensamiento de Feuerbach en este aspecto. Si bien, Marx y Engels dedicaron más de la tercera parte de “La ideología alemana” a criticar a Stirner, modificaron radicalmente su posición sobre Feuerbach después de la aparición del libro de Stirner. Se podría incluso decir que las “Tesis sobre Feuerbach” de Marx son una genial síntesis de la crítica que hiciera Stirner al concepto de la humanidad de Feuerbach.

Incluso Stirner llegó a decir que la humanidad abstracta es más enemiga del hombre concreto que el mismo Dios. Lo cierto es que, a partir de Stirner, se tiende más a hablar del hombre real y concreto que del hombre abstracto. Sin embargo, la teoría de la supuesta oposición entre el hombre y Dios continuó. Cuando en el Concilio Vaticano II se discutía el documento sobre la “iglesia en el mundo actual”, los padres de la iglesia llegaron a decir que ese ateísmo había cumplido una gran rol histórico, puesto que al destruir un falso concepto de la divinidad, nos acercó a un concepto menos imperfecto de Dios, puesto que de Dios jamás el hombre podrá tener una idea perfecta, porque de otro modo o el hombre se convertiría en Dios o Dios dejaría de ser Dios.

Mayoritariamente la generación de Antenor Orrego estaba plenamente imbuida del ateísmo como postulado fundamental del humanismo. Como ya hemos señalado, uno de los grandes méritos de Orrego es no haberse dejado arrastrar por ese fenómeno de moda en ese entonces, pues desde el inicio de su pensamiento defiende tanto al hombre como a Dios. El humanismo de Orrego parte de la premisa que la mayor grandeza del hombre está en haber sido creado “a imagen y semejanza de Dios”. Es ahí donde se ubica el auténtico fundamento de la grandeza del hombre, y la razón por la se puede afirmar que la sociedad y el Estado están en función del hombre. Todo ello quedó magistralmente plasmado en la introducción de la Constitución de 1979, que redactaron los discípulos de Antenor Orrego. Dicho documento merece un sitio de honor entre todos los documentos de apología al hombre que se

haya escrito en todo el mundo occidental. Dicho documento sólo fue posible por el magisterio de Antenor Orrego.

Al inicio de mi exposición hablé de la palabra del Padre Interdonato. Previamente a su redacción, con apoyo de la IBM del Perú, el Padre Interdonato había hecho una encuesta entre los universitarios de todo el país para conocer cuáles eran los autores y las obras más leídas entre ellos. Pues bien, el Padre Interdonato, quien fuera mi colega en la Pontificia Universidad Católica del Perú, me señaló que ninguno de los encuestados había leído a Antenor Orrego, lo que él consideraba una gran injusticia. Lamentablemente, Antenor Orrego continúa siendo el gran olvidado, aunque esta situación tiende a revertir, pues incluso estamos en una Universidad que le ha levantado a Orrego el mayor monumento al haber dado su nombre a esta Universidad. También es digno de elogio el gran esfuerzo que ha hecho mi amigo el Dr. Luis Alva Castro al publicar las obras completas de Orrego. Esperemos que algún día el país reconozca la gran tarea que está realizando Lucho Alva en defensa de nuestro patrimonio cultural, al salvar muchas obras que, sin su esfuerzo, ya se hubiesen perdido.

En 1987, la hija de Antenor, Alicia Orrego Spelucín, comparó a Orrego con la hipotenusa de un triángulo admirable, formado con Haya de la Torre y Mariátegui, con profundas raíces en el pueblo peruano. Antenor Orrego perteneció a la misma estirpe de Montalvo, Martí y González Prada. Luis Alberto Sánchez, en un artículo publicado en “La Tribuna”, en 1964, señalaba que Orrego siempre “conservó cierta actitud sacerdotal”. En realidad toda su vida fue una permanente docencia y una lección de decencia. Como señalara el mismo Sánchez: “Orrego nos guía de la mano para perfeccionarnos en nosotros, perfeccionando a los demás”. Anduvo, fue, vino y nunca se detuvo, salvo en la cárcel y en nuestros corazones, que abiertos a su memoria, no sólo lo recuerdan como que lo reciben de nuevo como una comunión para justificarse con él: más nosotros, más él, más todo el Perú.

Muchas gracias.